

Historias de un antropólogo: ¿antropología para historiadores? Sobre GOODY, Jack
El hombre, la escritura y la muerte. Conversación con Pierre-Emmanuel Dauzat, Ediciones Península, Barcelona 1998, 174 pp.

Jack Goody es sin duda alguna uno de los más importantes antropólogos de la escena actual. Su obra, ingente, se centra en torno a dos grandes temas: la reproducción social (*Death, Property and the Ancestors; The Development of the Family and Marriage in Europe*), y la reproducción del saber (*The Myth of the Bagre; The Domestication of the Savage Mind; The Logic of Writing and the Organization of Society*). Es además, en palabras de S. Kaplan, el antropólogo que más profundamente ha contribuido a renovar la metodología histórica. Estas razones bastarían por sí solas para dotar de gran interés al libro que aquí reseñamos, resultado de sus conversaciones con el historiador Dauzat. Entre muchas posibles, cuatro serán las cuestiones en que me centraré: el rol de los documentos personales; las relaciones entre antropología e historia; la relación entre estudios de caso y análisis comparativo; y el peculiar estatuto de la escritura y del documento escrito.

Hoy en día en que se están revalorizando, en la antropología como en la historia, el uso de documentos personales en el marco de historias de vida, la utilización de estas técnicas aplicadas a la obra y vida de un científico social permiten adoptar una perspectiva holística a la hora de entender la formación de un pensamiento individual. Más allá de la academia, más allá de la división estereotipada en escuelas tan común en los manuales, la obra de Jack Goody nos aparece marcada por una experiencia de vida: la 2ª Guerra Mundial, el contacto como soldado con los campesinados de Chipre e Italia ("[en aquella aldea] *todos habían emigrado a Estados Unidos [...]* De su relato se desprendía un cuadro de Boston bien disparejo al que me habían dejado las lecturas de Henry James y T.S. Eliot"), o la experiencia como prisionero en los campos de concentración alemanes, donde se enfrentó con la diversidad cultural y de horizontes intelectuales, y donde la falta de libros le hizo reflexionar sobre las consecuencias de la escritura.

Incidencia además de un contexto académico, el Cambridge de finales de los años 1930s. a finales de los 1940s. Académico, pero no reducido a las miras estrechas de una especialización disciplinar prematura: tal es la importancia de los estudios de literatura, con influencias tan significativas como Forster (*Passage to India*), y en particular la crítica literaria de T. S. Eliot, de donde confiesa haber extraído el concepto de "ambivalencia" –tan fructífero trasladado a su propia obra-. Y naturalmente el contexto de la construcción de la antropología británica como disciplina, los años en que los discípulos de los seminarios de Malinowski y Radcliffe-Brown, se repartieron los diversos centros de enseñanza, en medio de controversias que se deslizaban entre el debate teórico y las luchas personales por el poder. Baste remitir al lector interesado al libro del propio Goody (*The Expansive Moment. Anthropology in Britain and Africa*) o al de G.W. Stocking (*After Tylor. British Social Anthropology*).

El Capítulo III se titula, significativamente: "De la historia a la antropología. Miradas sobre las antropologías británica y francesa". El historiador poco avisado podrá aprender con sorpresa que los antropólogos británicos de los años 1940s. (ver especialmente Evans-Pritchard)

compartían sus mismas reservas acerca de que los estudios africanos pudieran arrojar alguna luz sobre los campesinados europeos. La razón, la influencia común de la obra de Durkheim y en general de la tradición de *L'Année Sociologique*, en la versión que se impone en Gran Bretaña a través del presidente de la Asociación de Antropología, A.R. Radcliffe-Brown. Sin embargo Cambridge supo mantener la llama de la heterodoxia: véanse los recuerdos de Goody acerca de cómo entró en contacto con el pensamiento de Max Weber (mediado por Talcott Parsons), con el empirismo lógico y la escuela de Chicago, y con la obra de Karl Polanyi y de uno de sus discípulos, el historiador de la Antigüedad Moses Finley.

El antropólogo Jack Goody supera las limitaciones impuestas por la herencia de la sociología Durkheimiana recurriendo a la sociología Weberiana y a los cualitativos de Chicago!!! Pero no disertan acaso los manuales acerca del aislamiento entre las diversas ciencias sociales a lo largo de los años 1940-1960? Y qué decir del supuesto autismo –mutuo– entre historia y antropología en el mundo académico anglosajón por las mismas fechas? Incomunicación de la que se lamentaba el historiador E.P. Thompson, en 1971, en la introducción al ensayo “La economía moral de la multitud en la Inglaterra del S.XVIII”: “*Son muchos, entre nosotros, los historiadores del desarrollo culpables de un craso reduccionismo económico que elimina las complejidades de motivación, conducta y función [...] Lo que es quizá un motivo de sorpresa es el clima intelectual-esquizoide, que permite a esta historiografía cuantitativa coexistir (en los mismos sitios y a veces en las mismas mentes) con una antropología social que deriva de Durkheim, Weber o Malinowski. Conocemos muy bien todo el delicado tejido de las normas sociales y las reciprocidades que regulan la vida de los isleños de Trobriand, y las energías psíquicas involucradas en el contenido de los cultos de Melanesia: pero, en algún momento, esta criatura social infinitamente compleja, el hombre melanesio, se convierte (en nuestras historias) en el minero inglés del siglo XVIII que golpea sus manos espasmódicamente sobre su estómago y responde a estímulos económicos elementales*”.

La realidad es que esa incomunicación, real, pertenece también en parte a la mitología elaborada ad hoc para legitimar la fragmentación de las ciencias sociales en disciplinas independientes. Como documentan los recuerdos de Goody, el contacto con el mundo de los *Annales*, mucho más abierto al diálogo interdisciplinar, permitió a historiadores y antropólogos anglosajones realizar un curioso intercambio de ideas “a través de terceros”. Baste pensar en la figura de Marc Bloch, en la incidencia de *The Golden Bough* de Frazer sobre su *Les rois thaumaturgues*, o en la influencia que recíprocamente ejerció *La société féodale* sobre los antropólogos africanistas británicos. Pero es más, en el propio mundo académico británico hay una temprana tradición de intercambios entre antropólogos e historiadores, uno de cuyos momentos más brillantes fue aquel seminario que en 1958 les reunió en Manchester en torno a la figura de Max Gluckman, para discutir sobre las movilizaciones populares pre-industriales. Ese intercambio alimentó obras “antropológicas” tan importantes como el *Politics, Law and Ritual in Tribal Society* del propio Gluckman, o *As the Trumpet Sounds*, el estudio de Peter Worsley sobre los cultos cargo melanesicos; pero también obras “históricas” tan centrales como el *Primitive Rebels* de Eric Hobsbawm o los trabajos sobre el milenarismo medieval de Norman Cohn.

La clave, y esta es mi hipótesis, es que las redes de relaciones personales que supieron tejer antropólogos e historiadores entre sí, les permitieron superar el aislamiento relativo que les imponía el proceso de construcción de sus respectivas disciplinas, y beneficiarse de las teorías y métodos del conjunto de las ciencias sociales. Es algo implícito en el conjunto de la obra de E.P. Thompson, que sería incomprensible sin tener en cuenta esta fertilización antropológica, aunque posiblemente las convenciones académicas le llevaran a hacerlo explícito con parsimonia. Es en último término lo que se desprende de los recuerdos de Jack Goody, que evoca cómo conoció en Cambridge en 1939 a E.P. Thompson y a Eric Hobsbawm, y cómo a partir de "*nuestros comunes intereses antropológicos y literarios*" se fue construyendo una relación de amistad e intercambio intelectual, que les llevó a coincidir en múltiples foros, alguno tan señero como el consejo de redacción de la revista *Past and Present*. Que es ni más ni menos que el sistema que seguimos empleando hoy en día para superar nuestras propias limitaciones.

La tercera cuestión que me gustaría tratar nos retrotrae a uno de las controversias centrales en la constitución de la antropología británica. En 1938 Malinowski y Radcliffe-Brown debatieron en torno a cual es el camino a seguir para hacer avanzar la ciencia social. El segundo, que veía la base del trabajo científico en la aceptación de una terminología común, ponía el énfasis en una labor de depuración de conceptos. Malinowski en cambio, definiendo aquella posición como "escolástica", argumentaba en favor de un uso "flexible" de la terminología, y veía la base del progreso científico en la capacidad de plantear nuevas preguntas a la realidad empírica. No es difícil ver cómo tras la postura de Radcliffe-Brown se esbozaba esa "gran teoría parsoniana" que pronto llegaría a hegemonizar la sociología; mientras que tras los planteamientos de Malinowski se escondía un mayor acercamiento entre antropología e historia. Un debate este que subyace a tantas controversias historiográficas en torno a "cual es la correcta definición de"... clase social, campesinado, etc. Parece claro que en ese debate Jack Goody se ubica más cerca de las posturas de Malinowski... y de la historia: el estudio de caso, basado en el trabajo de campo como primer paso para la realización de un análisis comparativo, e implícitamente "evolutivo". Un buen ejemplo es una de sus obras más brillantes, *The East in the West*, editado en 1996. En ella Goody se plantea revisar los planteamientos de Immanuel Wallerstein, examinando las economías-mundo previas a la hegemonía europea: el Indico y China. Pero en último término el objetivo radica más allá, retomar ciertas cuestiones de la sociología, en particular las hipótesis de Max Weber que veía las bases de la hegemonía de Occidente en una superioridad cuasi-ontológica, expresada en conceptos como "individualismo" y "racionalismo". Para Weber, el desarrollo en Occidente de formas de razonamiento lógico —el silogismo— y de la contabilidad por partida doble, serían esenciales para el ulterior desarrollo de la ciencia y del capitalismo mercantil.

¿Cómo aborda Goody el problema? Pues recurriendo al trabajo de campo. "*En Amhadhabad [India...] tuve la oportunidad de efectuar una breve pasantía en la oficina de un contable tradicional, que utilizaba los métodos de entrada única para tratar de comprender qué podía hacerse, o no, con estas otras formas [...] y acabé sacando la convicción de que la contabilidad de partida única es un método perfectamente racional y adap-*

tado a la gestión de empresas de dimensiones considerables. Sin duda alguna podría haberme limitado a consultar los libros, pero lo malo es que se contentan con las peticiones de principio, <esto es racional>, <esto no lo es>". De modo similar, Goody ha abordado la supuesta superioridad de la lógica formal occidental. Estudiando en ciertas sociedades africanas los efectos de la escritura, ha argumentado de manera consistente que la escritura ha permitido desarrollar nociones hasta crear "la lógica de los lógicos, la lógica aristotélica, el silogismo, que en cierto sentido es una formalización del razonamiento secuencial, y que, desde ciertos puntos de vista, es una formalización completamente ridícula, ya que la gente no habla de esta guisa"...

Trabajo de campo pues, como paso previo para reformular la teoría social. E, implícitamente, con un objetivo análogo ¡al de Charles Tilly!, planteando como tarea urgente para los historiadores la necesidad de despojarnos de prejuicios heredados de la tradición cultural occidental, y en particular de las ciencias sociales decimonónicas. Tal es el resultado de una de las dos principales líneas de investigación de Jack Goody, los efectos de la escritura sobre la organización social. Cuando realizó sus primeros estudios sobre el "bagre" (narración mítica y a la vez complejo ritual) en Ghana, partía del supuesto de que las narraciones orales en las sociedades "tradicionales" se transmiten de manera exacta. La introducción del magnetófono en el trabajo de campo, en los años 60, le permitió comprobar que el mito se recreaba y reinventaba en cada ocasión. El recurso posterior a los trabajos de Maurice Halbwachs sobre los cuadros sociales de la memoria le ayudó a descubrir que los aldeanos tenían una noción de "exactitud" muy distinta de la que se puede tener cuando se comparan dos textos escritos. Y consecuentemente, que, en ausencia o con escasa difusión de la escritura, es el trabajo de memorizar lo que hace parecer a las sociedades orales como mucho más homogéneas de lo que realmente son. Los sistemas simbólicos e intelectuales de esas sociedades comportan mucha más heterogeneidad de la que presupondrían muchos científicos sociales, lo cual arroja muchas sombras sobre la vieja dicotomía "comunidad versus sociedad" de Tönnies. Y da mucha materia para pensar a la comunidad de historiadores, obligados a acceder a las sociedades del pasado a través de la documentación escrita. Thank you, Mr. Goody.

JOSÉ MARÍA CARDESÍN
 Universidad de A Coruña
prohistoria